

## Tradiciones literarias franco-canadienses: el caso de Ontario

BEATRIZ MANGADA

Universidad Autónoma de Madrid

beatriz.mangada@uam.es

### Résumé

La littérature franco-canadienne est la somme de nombreuses productions littéraires appartenant aux différentes provinces canadiennes qui, en marge du cas québécois, sont malheureusement peu connues. C'est le cas, entre autres, de la province de l'Ontario qui rassemble 52% de la population francophone canadienne au-delà du Québec et qui compte avec une longue et riche tradition littéraire en langue française. L'étude proposée à travers les noms et les œuvres les plus illustres de cette littérature vise à rapprocher le lecteur hispanophone de l'intérêt et de la variété de ces autres littératures franco-canadiennes.

### Mots-clés

Ontario, littératures franco-canadiennes, Francophonie

### Abstract

Franco-Canadian literature is the result of different literary productions from all Canadian provinces. These are unfortunately usually unknown, except for the Quebec literature. Ontario, with 52% of the Canadian francophone population outside Quebec, focuses our interest. In order to offer a larger approach to Canadian francophone literature to Spanish readers, we propose a study of its literary tradition in French.

### Key-words

Ontario, French-Canadian literatures, Francophone studies

### 1. Introducción

En un estudio realizado en 2003 sobre las principales obras críticas españolas en torno a la literatura franco-canadiense se ponía de manifiesto la relevancia y preponderancia

en nuestro país de la literatura quebequesa, al mismo tiempo que se mostraba la falta de referencias en dichas obras a las restantes variantes literarias franco-canadienses (Mangada, 2003). Este déficit de visibilidad encuentra una explicación en el uso recurrente del término literatura quebequesa como metonimia de la literatura canadiense en lengua francesa y a la que se refería el crítico René Dionne en los siguientes términos:

Durant plus d'un siècle, plus précisément de 1830 à la décennie de 1960, il n'exista qu'une seule littérature de langue française au Canada; c'était une littérature dite nationale qui appartenait au même pays que la littérature canadienne-anglaise, nationale elle aussi. [...] Mais à partir de la décennie de 1960, l'étiquette "canadienne-française" est honnie par les séparatistes du Québec: Québécois ils sont, québécoise sera dorénavant leur littérature comme la nation qu'ils forment. Des Québécois francophiles que cette appellation indispose parleront pendant un temps de littérature française au Québec, tandis que maints fédéralistes plieront l'échine peu à peu devant l'ampleur d'un mouvement qui gagnera rapidement la province et poussera l'impérialisme linguistique jusqu'à qualifier de québécois ou "du Québec" tout ce qui bouge en français au Canada. Aujourd'hui, le qualificatif canadien-français n'est plus guère utilisé que par des Canadiens non québécois; il arrive même à ces derniers de parler plutôt de littérature canadienne de langue française ou encore de littérature canadienne francophone lorsqu'ils considèrent les œuvres écrites et publiées en français sur l'ensemble du territoire canadien (Dionne, 1998: 199-202).

Para Paul Aron habría que hablar más bien de una traslación en el debate centro-periferia, ya que la autonomía periférica que logró la provincia de Quebec, de manera notable en el ámbito literario, con respecto a la metrópoli centralista parisina, implicó su conversión indirecta en centro de las restantes periferias literarias del panorama literario canadiense de expresión francesa (Aron, 1995). En cualquier caso, parece necesario referirse a los acontecimientos que tuvieron lugar en torno a 1960 en el Canadá francófono, y más especialmente en Quebec, para argumentar con acierto que fue la propia eclosión cultural quebequesa la que obligó indirectamente a las restantes minorías francófonas a tomar conciencia de su nueva situación y a buscar definirse a través de, entre otras dimensiones, su tradición literaria.

En el caso que nos interesa, a saber la provincia de Ontario, Gaetan Gervais habla de una "rupture tranquille" (Gervais, 1995) que tiene su origen en dos acontecimientos decisivos. Por un lado, la disolución en 1965 de la Orden de Saint-Jacques<sup>1</sup>, que opondrá de manera radical a neo-nacionalistas quebequeses y a nacionalistas franco-canadienses de las restantes provincias. Y por otro, la decisión en 1969, de los "États Généraux" del Canadá francés de optar por un nacionalismo territorial y no por un federalismo canadiense. Este triunfo supondrá la radicalización de la ideología neo-nacionalista de la provincia de Quebec y conllevará la substitución sistemática del término franco-canadiense por el de quebequés<sup>2</sup> a la que ya

1 Esta orden defendió, desde su fundación en 1926, los intereses de los franco-ontarienses.

2 Radio Canadá desempeñará un papel muy negativo al favorecer el uso tan desafortunado del término "francófono"; una mala gestión que tuvo su continuidad en el "Secrétariat" cuya política lingüística contribuyó a extender este término.

hemos hecho referencia anteriormente. Sin embargo, aunque Quebec contó para lograr sus fines con el apoyo de las minorías francófonas que creían estar defendiendo una causa común, éstas quedarán indirectamente relegadas al silencio y al olvido.

En el caso de Ontario, esta marginación fue doble; por un lado cultural, por su exclusión del proyecto quebequés y por otro política, por su carácter minoritario frente al gobierno provincial anglófono. La situación franco-ontariense no mejorará hasta 1969 cuando se aprueba la ley federal de lenguas oficiales<sup>3</sup>. En 1982, *La Charte des droits et des libertés* contemplará en su artículo 23 la garantía de ciertos derechos escolares; y será en 1986 cuando se apruebe la ley ontariense de servicios en francés.

En el ámbito cultural, esta toma de conciencia sobre la necesidad de definirse como realidad diferente de la quebequesa lleva a los intelectuales a actuar. De este modo, en 1972-73 empieza a funcionar la editorial *Prise de parole* que asegurará la difusión de la creación literaria y crítica en Ontario, mientras que en 1976 se funda el GIEFO (*Groupe interuniversitaire d'études franco-ontariennes*), lo que sin duda contribuirá a apoyar la tradición literaria de la región. Es igualmente reseñable el esfuerzo llevado a cabo por la Sociedad Charlevoix para el reconocimiento y la difusión de una producción literaria que sorprende por su riqueza y que abordaremos en nuestra perspectiva diacrónica. Esta sociedad, compuesta por un grupo de investigadores de la Universidad de Sudbury, emprende en 1992 un importante proyecto que supondrá el primer acercamiento exhaustivo y riguroso a las manifestaciones intelectuales del Ontario francés; sus estudios serán objeto de una publicación periódica que bajo el título *Cahiers Charlevoix* aparece desde 1995 centrándose en la literatura, la historia, la geografía así como en aspectos sociológicos como la cuestión de una identidad para los canadienses franceses de Ontario.

Y como muy bien señalaba Annette Saint-Pierre, gran conocedora y estudiosa de otra de las variantes literarias franco-canadienses, en este caso, la literatura acadiense, un pueblo necesita de sus manifestaciones literarias para afirmar su identidad: “Un peuple sans littérature est-il encore un peuple? Toute société n’a-t-elle pas une âme, une conscience, un cœur ou une vie de l’esprit qui s’exprime par la voix de l’écriture?” (Saint-Pierre, 1986: 172).

En este sentido, si tenemos en cuenta los datos del censo de 2006, que Jean-Pierre Corbeil y Sylvie Lafrenière manejan en su estudio sobre las minorías francófonas en Ontario (Corbeil & Lafrenière, 2010), comprobamos que en esta región hay un 4,2% de francófonos (unos 533.000). Si bien no parece un porcentaje muy elevado, al tomar los datos de las poblaciones francófonas por provincias y dejando de lado el caso de Quebec, se produce un cambio notorio; de este modo, la población francófona de Ontario pasa a representar el 52,3% del total del país. Recordemos una vez más que esta comunidad francófona siempre ha enarbolado la lengua francesa como una de sus principales señas de identidad y que su tradición literaria se remonta a los primeros tiempos de la colonización, hechos éstos, que

3 Los trabajos de la Comisión Laurendeau-Dunton, entre 1963 y 1969 se centran en la defensa del bilingüismo y de la bi-culturalidad y se consuman con esta ley.

ha compartido con su provincia vecina Quebec, cuyos devenires históricos y culturales han discurrido paralelos durante casi cuatro siglos. En lo que a la tradición literaria se refiere, el acercamiento a importantes obras de referencia tanto en el ámbito quebequés – es el caso de los distintos volúmenes que constituyen *Dictionnaire des œuvres littéraires du Québec* – como en el caso ontariense – pensemos en las obras de René Dionne (1993, 1997a, 1997b, 1998, 2000), como de Hédi Bouraoui (2000, 2007) o de Lucie Hotte y Johanne Melançon (2010) – muestran la existencia de similitudes cronológicas, formales, temáticas y genéricas entre las dos tradiciones literarias. Desde un punto de vista geográfico, la frontera permeable del río Outaouais, así como la cercanía relativa entre la capital y los centros culturales en que se erigieron las dos grandes urbes de Quebec, favoreció constantes movimientos poblacionales entre Ottawa, Montreal y Quebec. Estos hechos permiten explicar que autores como Leo-Paul Desrosiers (1896-1967) o Antoine Gérin-Lajoie (1824-1882) aparezcan tanto en los corpus de literatura quebequesa como en los de literatura franco-ontariense. En este sentido, *Dictionnaire des auteurs de Langue Française en Amérique du Nord* (Hamel, Hare & Wyczynski, 1989) ofrece la posibilidad de aprehender la literatura canadiense en lengua francesa desde una perspectiva nacional; de ahí su advertencia: “Il va de soi que le *Dictionnaire* réserve une large place aux auteurs québécois, mais il accueille aussi les Acadiens, les Franco-Ontariens, les francophones de l’Ouest canadien et un certain nombre d’auteurs franco-américains et louisianais” (Hamel, Hare & Wyczynski, 1989: IX). Mientras que perspectivas más provinciales, como es el caso de *Dictionnaire des œuvres littéraires du Québec* procuran no incurrir en ambigüedades con respecto a la inclusión de determinados autores en su corpus de trabajo, lo que lleva a sus autores a aclarar: “En respectant la spécificité territoriale de auteurs, nous essayons d’éviter de verser dans une pratique de colonialisme culturel. Cette politique éditoriale ne règle pas toutes les ambiguïtés, mais elle prend en considération les communautés francophones hors Québec qui revendiquent, à juste titre, une autonomie culturelle” (Lemire, 1987: LXXI). Por todo ello, con el fin de evitar apropiaciones indebidas, creemos oportuno considerar un recorrido crítico por la tradición literaria en el Ontario francófono que se articule en torno a tres grandes etapas. Los acontecimientos históricos y las fronteras geográficas durante las dos primeras etapas – el período colonial (1610-1867) y la etapa de afianzamiento de la comunidad francófona en el este canadiense, que denominaremos franco-canadiense (1867-1970) – explican el hecho de que nombres, obras, rasgos y bisagras cronológicas sean compartidos con la variante literaria quebequesa; no en vano, Quebec y Ontario constituyeron una única colonia hasta su división en dos provincias en 1867. Y no será hasta 1960, con la era de cambios que se desencadenarán con la Revolución tranquila, cuando podamos hablar de una literatura propiamente franco-ontariense que buscará definirse provincial y lingüísticamente y cuyos nombres y obras más relevantes abordaremos en la última parte de nuestro trayecto.

Esta toma de posición con respecto a la tradición literaria franco-canadiense tiene

repercusiones en lo que a las características del corpus se refiere. Compartimos los criterios lingüísticos y geográficos de Melançon y de Hotte que permiten considerar franco-ontarienses, los autores que han elegido la lengua francesa como lengua de creación en una provincia mayoritariamente anglófona, no lo olvidemos; así como aquellos nacidos, no fortuitamente, en Ontario y los que han vivido o viven en la actualidad en dicha provincia. A estos factores geográficos y lingüísticos, Dionne proponía otros dos factores relacionados con el marco o tema de escritura sobre Ontario, y el lugar de publicación de la obra. Estos dos últimos argumentos nos parecen, cuando menos discutibles, ya que comprometen la libertad temática de los autores, su elección con respecto al lugar de edición, al mismo tiempo que condicionan las editoriales a publicar sólo determinadas obras.

## **2. 1610-1867: los orígenes franceses o los primeros escritos de la literatura colonial**

Este primer período tiene como hitos cronológicos referenciales dos fechas sin duda relevantes en la historia de la región de Ontario y que permiten enmarcar sus primeros testimonios escritos. Se trata por un lado de 1610 y por otro de 1867. 1610 es la fecha en la que Étienne Brûlé, bajo las órdenes de Samuel de Champlain, realiza su primer viaje a la región de Ontario. Tres años más tarde, el propio Champlain remonta el río Outaouais hasta la isla des Allumettes, relatando en *Voyages* su paso por esta nueva región habitada por los Hurones con quienes establecerá relaciones comerciales. Se abre de este modo una nueva ruta hacia el Norte que evitará a los franceses atravesar el territorio de los iroqueses al sur.

La expansión de Nueva Francia en dirección noroeste, oeste y sur, acaba en enfrentamiento bélico contra el Reino Unido en 1754. Nueve años más tarde, en 1763, se firma el Tratado de París, por el que Francia cede todas las colonias francesas localizadas al norte de los Grandes Lagos — las colonias de Acadia (actuales Nueva Brunswick y Nueva Escocia) y de Canadá (que constituía lo que actualmente es el sur de las provincias de Ontario y de Quebec). En 1791, el Reino Unido divide la colonia de Canadá en dos, Canadá Inferior (el actual Quebec) y Canadá Superior (el actual Ontario), estableciendo el río Ottawa como frontera natural. Se inicia entonces un largo período de supervivencia de la población francófona en esta región canadiense que culmina con la reunificación en 1840 del Canadá Superior y del Canadá Inferior en una única colonia, la colonia del Canadá, hecho que forzará la asimilación cultural de los francófonos por parte de los anglófonos. Finalmente, en 1864, la colonia de Canadá propone a las restantes colonias británicas la formación de una Confederación. Nuevo Brunswick y Nueva Escocia aceptan dicha propuesta de modo que el 1º de julio de 1867, se crea la Confederación canadiense, obligando a la división en dos de la ex-colonia británica. Surgen entonces las provincias de Ontario y Quebec.

Para las profesoras Lucie Hotte y Johanne Melançon, este período histórico se correspondería con una primera etapa de la literatura franco-ontariense que denominan “literatura

colonial” retomando la definición sugerida por Jean-Marc Moura en 1999; de este modo hablaríamos de “littérature coloniale pour désigner les œuvres produites tant sous le Régime français que sous le Régime anglais” (Hotte & Melançon, 2010: 13). A esta misma época se refiere el crítico René Dionne, con el término de “origines françaises” (Dionne, 1993: 343). En cualquier caso como apuntaban las autoras de *Literaturas francófonas de América y Europa*:

Literarios o no, franceses o canadienses, los textos que constituyen los *Écrits de la Nouvelle France* son el testimonio de los orígenes y los avatares de la sociedad de la etapa colonial, sociedad que a lo largo de estos años se ha ido diferenciando de la francesa de la metrópoli, configurada con caracteres propios (Anoll, Fernández & de la Torre, 2006: 22).

De este período, se conservan textos pertenecientes a descubridores, misioneros, exploradores y viajeros que legaron testimonios escritos de sus primeros contactos con la nueva realidad espacial y sus pobladores. Comentamos los más sobresalientes.

El descubridor Samuel Champlain (¿1570?-1635)<sup>4</sup> remonta en 1613 el río Outaouais hasta la isla des Allumettes; este mismo año publica su primera *Relation*; entre 1615 y 1616 prosigue su exploración hasta el lago Nipissi alcanzando el sur del lago Ontario, país de los Iroqueses. Regresa a pasar el invierno al país de los Hurones y en 1619 aparece su segunda *Relation*; ambos textos son considerados como los primeros escritos sobre Ontario.

Gabriel Sagard (finales del XVI - ¿1636?) cuenta en 1632 en *Le Grand Voyage du pays des Hurons* los ocho meses que pasó junto a los Hurones y si bien se inspiró de Champlain su descripción da muestras de más detalles y fidelidad.

En el caso de las *Relations* de los Jesuitas, hay que recordar, que frente a Champlain y Sagard, que no pasaron más de un invierno en Huronie, éstos vivieron junto a los Hurones durante largos períodos de tiempo, concretamente de 1626 a 1629 y posteriormente de 1634 a 1650. Se conservan 14 relaciones anuales de lo que ocurrió en este territorio en el segundo intervalo de tiempo<sup>5</sup>.

Del barón francés y gran viajero Louis-Armand de Lom D’Arce de Lahontan (1666-1716) contamos con testimonios de sus diez años en la región alta del San Lorenzo y de los Grandes Lagos, en la década de 1680. En cinco de sus veinticinco cartas que componen *Nouveaux Voyages* (1703), en numerosas páginas de *Mémoires* (1703) y en *Dialogues* (1703) encontramos una valoración positiva de los indios.

4 Stokesbury señala que Samuel Champlain descubre a sus casi cuarenta años su interés por la exploración y la colonización, abandonando de este modo su carrera de soldado. Se marcha junto a un grupo de comerciantes de pieles y en 1603 llega hasta el río San Lorenzo. Este autor destaca también que “un factor clave de su éxito fue una alianza con las tribus locales de indios, los hurones y los algonquinos, contra sus antiguos enemigos, los iroqueses –una alianza que creó el marco para las futuras guerras entre ingleses, franceses e indios de finales de los siglos XVII y XVIII” (Stokesbury, 1985: 11).

5 Cuatro jesuitas aparecen como los principales redactores: Jean de Brébeuf (1635-1636), François Le Mercier (1637-1638), Jérôme Caemant (1639-1645) y Paul Ragueneau (1646-1650), aunque la redacción más notoria corresponde al primero.

Hay que recordar que estas primeras visiones de Ontario provienen de europeos, si bien hoy se les considera como ontarienses; hecho que se da igualmente en la literatura del Quebec ya que Jacques Cartier o Louis Hémon, aún siendo franceses, son considerados como autores fundadores de la literatura quebequesa.

El 1º de julio de 1867 la Ley Constitucional reconoce la unificación de cuatro provincias: Nueva Escocia, Nuevo Brunswick, Quebec y Ontario. Durante esta época, viajeros, comerciantes de pieles y colonos deciden instalarse y adaptarse en el nuevo espacio constituyendo de este modo la primera comunidad franco-ontariense.

Esta época literaria es menos rica que la anterior, debido a la pobreza y la falta de instrucción de la mayoría de la población francófona. Exponemos a continuación las producciones más notorias.

*Voyage au Canada fait depuis l'an 1750 jusqu'à l'an 1761*, aparece como la primera obra literaria de los orígenes franco-ontarienses; su autor no queda claramente identificado ya que el texto aparece firmado con las iniciales J.-C.-B<sup>6</sup>. Doce capítulos componen el relato que reúne las observaciones de este viajero por la región alta del San Lorenzo y de los Grandes Lagos. Las costumbres y creencias de los indios son relatadas con estilo cuidado y en una lengua propia del siglo XVIII.

El historiador y etnólogo Jean-Baptiste Perrault (1761-1844) anota y cartografía en diarios sus experiencias tras cuarenta años viajando por la región de Ontario; el resultado es *Relation des traverses et des aventures d'un marchand voyageur dans les terrytoires sauvages de l'Amérique septentrionale, parti de Montréal le 28e de mai 1783*.

En 1842 los Jesuitas regresan a Canadá por petición de Mgr. Bourget con el fin de contribuir a la educación de la juventud y retomar sus trabajos de evangelización de los indios. Escribirán regularmente a sus superiores al igual que lo hicieron sus predecesores. De los textos epistolares que se conservaron, el editor Lorenzo Cadieux publica en 1973 *Lettres des nouvelles missions du Canada 1843-1852*. Aunque con fines documentales, estas cartas son de un gran valor literario y presentan a un indígena menos desconocido que el contacto con europeos ha ido transformando<sup>7</sup>.

Cabría recordar igualmente la importancia de las canciones de los viajeros como aportación original a la literatura oral del Canadá francés. La mayoría de estas composiciones son anónimas, aunque se conserva una compilación que en 1863 realizó Hubert la Rue de boca de los viajeros; hablan todas ellas de la lejanía, de la soledad de aquellos que parten a los países *d'en haut*, y de las mujeres que dejan, así como de su profunda fe; son escenas que más tarde encontraremos en conocidas narraciones de la dura vida de los primeros pioneros europeos

6 Según los críticos, un manuscrito llegaría a manos del abate Casgrain que lo publicaría en Quebec en 1867; en 1978, Claude Manceron edita en París el texto del manuscrito original.

7 Al igual que en las relaciones anteriores, en este nuevo período sobresalen dos redactores: Nicolas Frémot y Dominique Ranquet. El crítico René Dionne insiste en la relevancia de estos testimonios y en la necesidad de ahondar en los años que transcurren entre 1760 y 1865 con el fin de encontrar nuevos documentos que permitan estudiar mejor esta época de la historia de Ontario.

en Canadá, como es el caso de *Maria Chapdelaine* (1954) de Louis Hémon o de *Chroniques du Nouvel-Ontario* (1981, 1986) de Hélène Brodeur.

### 3. La literatura franco-canadiense

La segunda etapa de nuestro recorrido se extiende de 1865 a 1970 y se inaugura tras la decisión de la Reina Victoria, el 31 de diciembre de 1857, de elegir Ottawa como capital de Canadá; a lo largo de 1865 empiezan a llegar un gran número de funcionarios y parlamentarios. Y será precisamente esta presencia de funcionarios y de parlamentarios, así como la apertura de excelentes bibliotecas lo que contribuirá a crear un clima cultural en la nueva capital<sup>8</sup>.

Durante esta segunda etapa, en el ámbito de la creación poética surgen grandes nombres. Es el caso del poeta Benjamin Sulte (1841-1923); aunque no tan celebrado como sus contemporáneos Garneau o Chapman, sí ha de ser mencionado por su apoyo a la francofonía ontariense y por ser su obra, *Laurentiennes*<sup>9</sup>, la primera publicación de estos años, concretamente de 1870.

Relevante es la figura de William Chapman (1850-1917) que acabamos de citar; publica en París tres obras: *Les Aspirations* (1904), *Les Rayons du Nord* (1909) y *Les Fleurs de givre* (1912); será premiado por la Academia francesa y recibirá un doctorado honorífico en Letras de la Universidad de Ottawa en 1912 por sus contribuciones al conocimiento de la poesía canadiense. Tres temas aparecen constantemente en sus escritos: su patria católica que estará presente en sus poemas épicos, la naturaleza canadiense que encontramos en sus imágenes poéticas y la lengua francesa cuyo empleo cuidado y elaborado enriquecerá su discurso poético.

Junto a Chapman, Alfred Garneau (1836-1904) es considerado como la segunda figura poética más importante de estos años. Originario de Quebec, su trabajo como traductor parlamentario y su posterior nombramiento como Jefe de los traductores del Senado, le lleva a instalarse en Ottawa en 1866 donde permanecerá hasta el final de sus días y a participar de manera activa en la vida cultural de la ciudad. Su obra *Poésies* (1906) fue compilada por su hijo Hector, tras su muerte y en ella encontramos sus temas predilectos como la muerte, el sentimiento hacia una naturaleza hermosa y la amistad.

En lo que a la novela se refiere, sobresalen dos nombres; por un lado, Antoine Gérin-Lajoie (1824-1882), autor de origen quebequés pero que se establece en Ontario en 1856 cuando el gobierno se traslada a esta provincia y cuya obra más conocida, compuesta de dos partes, *Jean-Rivard, le défricheur* y *Jean-Rivard, économiste*, aparecerá publicada en *Les*

8 Pensemos que en Quebec sucedió un hecho muy similar cuando el gobierno se trasladó a esta ciudad. (Lemire, 1984).

9 Este topónimo designa la región meridional del Cinturón canadiense y se extiende entre el río Outaouais y el Saguenay. Se trata de una extensa zona de valles fluviales con alturas que oscilan entre los 600 y los 800 metros.



*soirées canadiennes* en 1862, la primera parte y en *Le Foyer canadien*, la segunda parte en 1864<sup>10</sup>. Y por otro Joseph Marmette (1844-1895), quien gracias a su relato de marcado carácter autobiográfico, *A travers la vie* (1895), es considerado como uno de los mejores novelistas franco-canadienses que contribuyeron a crear las bases de la literatura franco-ontariense.

En cuanto al teatro, Régis Roy (1864-1944) aparece como la figura más productiva con una decena de comedias y dos monólogos; es considerado el primer dramaturgo francófono, nacido en Ontario, al publicar en 1897 *Le Cadet de Vérendrye*.

A partir de 1910 se abre un período de afirmación de la identidad colectiva que durará hasta 1927. El *Congrès de Fondation de l'Association Canadienne Française d'Éducation en Ontario* (ACFEO), que tiene lugar en 1910, inaugura esta etapa de diecisiete años de producciones literarias en las que se defiende con fervor los derechos lingüísticos de los ontarienses.

La circular de instrucción número 17, o comúnmente denominada Reglamento 17<sup>11</sup>, provocará serios conflictos entre los franco-ontarienses que se niegan a someterse a la misma. En 1927 se lleva a cabo la enmienda a dicho reglamento mejorando de este modo la situación. Estos años de lucha van a permitir la afirmación de una colectividad, que ve en la literatura un arma de combate que utilizará la prensa como principal medio de defensa de sus derechos, de manera especial a través de *Le Droit* y *La Justice*. La elocuencia de los discursos de Napoléon Belcourt (1860-1932) o de Philippe Landry (1846-1919) es manifiesta, aunque sobresale especialmente la figura de Lionel Groulx (1878-1967) con su *Appel de la Race*, publicado con gran éxito en 1922 y que recrea la lucha de los franco-ontarienses en Ottawa contra el Reglamento 17. Su estilo fue criticado por su excesiva parcialidad.

A lo largo de estos 20 años de afianzamiento de una nueva identidad provincial, basada en la identificación a la lengua francesa, la creación literaria sigue su curso. En poesía, cabe mencionar a Jules Tremblay (1873-1927) que entre 1911 y 1918 publica cinco compilaciones de poemas. Los temas en *Des mots, des vers* (1911) son variados, desde héroes de la historia canadiense a mujeres amadas, a los recuerdos de viajes o paisajes canadienses. En *Aromes du Terroir* (1918), sigue la corriente regionalista cantando las excelencias de la tierra.

Señalemos igualmente que este inicio de siglo estuvo marcado por la constitución de

---

10 Cabe recordar que *Les soirées canadiennes, recueil de littérature nationale* (1861-1865) fue una de las publicaciones mensuales más populares en el ámbito literario que contó con la colaboración de figuras como François-Xavier Garneau, el abate Henri-Raymond Casgrain o el propio Gérin-Lajoie. Un conflicto de orden administrativo provocó la división del comité de redacción, una parte del cual creó *Le Foyer canadien* (1863-1866), compilación mensual de los poemas y críticas literaria de las figuras más relevantes de aquellos años.

11 En junio de 1912, el Obispo Fallon, preocupado por el aumento constante de la presencia francófona en la zona, apoyó la entrada en vigor del reglamento XVII que impedía la enseñanza del francés en las escuelas bilingües de Ontario. Aunque el Reglamento seguirá vigente hasta 1944, en 1923, el ministro de Educación y primer ministro de Ontario, George Howard Ferguson ordena una investigación que concluye con el "Compromiso Belcourt-Ferguson", un reglamento más flexible y acorde con una población francófona en constante aumento. A pesar de todo, el Reglamento XVII favoreció un lento pero sólido sentimiento de identidad lingüística en los franco-ontarienses.

un corpus de cuentos folclóricos franco-ontarienses que se inició en la etapa anterior. A partir de 1948, una parte de estos cuentos y leyendas son recopilados por Germain Lemieux (1914-) en *Les Vieux m'ont conté*. En este sentido, recordemos que desde finales del siglo XIX, un gran número de quebequeses emigraron hacia el Este y Norte de Ontario llevando consigo las tradiciones, costumbres, leyendas y cuentos que sus padres les habían a su vez contado en largas veladas de invierno. En los campos de trabajo de l'Outaouais, en los centros mineros de Ontario y en pequeños pueblos en los que se trabajaba en la construcción del ferrocarril, los cuentos y leyendas iban poco a poco adquiriendo un tono más local; el bosque sustituye al mar, los topónimos se adaptan, el estilo se despoja de ornamentos y el vocabulario y la pronunciación sufren la influencia india y anglófona, otorgando al folclore franco-ontariense una especificidad significativa.

La década de los 60 marca el inicio de una nueva etapa de identidad regional que se caracteriza por una ampliación considerable de los departamentos de francés en las universidades<sup>12</sup> y por un aumento del número de publicaciones por parte de profesores y alumnos. Estos años marcan el inicio de un cambio social y político en Quebec que irá alejando las comunidades francófonas hasta ahora unidas en la común defensa de la lengua. Se asientan los cimientos de la toma de conciencia colectiva de una comunidad que expresará su esencia en francés y que unas décadas más tardes se auto-denominará franco-ontariense. La lengua y la cultura francesa siguen cultivándose con esmero y celo gracias al apoyo de numerosas instituciones como la ya citada ACFFO, la orden Saint-Jacques o la Universidad de Ottawa.

Como en las etapas anteriores, la poesía será el género literario más prolífico de estos años; sobresale la figura de Simone Routier (1901-1987), poeta del amor, con obras como *Ceux qui seront aimés* (1931) o *Tentations* (1934). Así como, los volúmenes poéticos de Guy Lafond (1925-) *J'ai choisi la mort*, de 1958 o *Poèmes de l'Un*, de 1968, que reflejan una constante búsqueda metafísica ante la observación de la realidad. Aunque los máximos exponentes de este periodo son Cécile Cloutier (1930-) y Jean Ménard (1930-1977). Cloutier escribe poemas cortos sobre el sentimiento amoroso, sobre la naturaleza o sobre pequeños objetos cotidianos con una sencillez y originalidad en las captaciones instantáneas de la vida; pensemos en *L'Ecoute* (1986). En cuanto a Jean Ménard, éste también escribe sobre el instante pero a diferencia de Cloutier, Ménard buscará la perfección formal, con la ausencia de referencias espacio-temporales que universalizan sus composiciones sobre la experiencia de la vida en su infinitud de manifestaciones; es el caso de *Myrtes* (1963).

En el ámbito de la narrativa, Léo-Paul Desrosiers (1896-1967)<sup>13</sup> evoca con su *Nord-*

12 El Colegio del Sagrado Corazón en Sudbury se convierte en la Universidad de Sudbury (francesa y católica); la Universidad bilingüe de Laurentian abre sus puertas en 1960 y en 1965 la de Ottawa; en 1968 se reconoce el uso del francés en la Asamblea Legislativa, mientras que en 1969 se adopta la ley federal de lenguas oficiales con subvenciones y ayudas económicas.

13 Como ya ha sido indicado con anterioridad, al igual que Antoine Gérin-Lajoie o que Alfred Garneau, las circunstancias personales y laborales de Desrosiers –cronista parlamentario en Ottawa y posteriormente conservador de la Biblioteca municipal de Quebec – explican sus continuas idas y venidas entre Ottawa y Montreal,

*Sud* (1931) la utópica California, mientras que *Engagés du Grand Portage* (1938) nos sitúa en el siglo XVIII, en el momento en que se enfrentan las grandes compañías de pieles por un liderazgo comercial. *Les Opiniâtres* (1941) cede protagonismo al amor; esta vez, nos encontramos en los duros inicios de la Nueva-Francia y una joven decide vivir una historia de amor en un país que exige un heroísmo cotidiano, al mismo tiempo que contribuirá como los demás a construir lentamente una patria. Las narraciones de este autor están impregnadas de ideas ultramontanas y nacionalistas, propias de los años 30. Otros novelistas destacados son Gérard Bessette (1920-2005), y Claire Martin (1914- ); del primero hay que apuntar su interés por la forma y la lengua; la temática es variada siendo sus obras más notables, *Incubation* (1965) y *Le Semestre* (1979) cuyas acciones se sitúan ambas en Ontario. Tanto en una como en otra el intertexto adquiere gran relevancia; es el caso, por ejemplo, en el primer relato de la influencia de *La Route de Flandes* de Claude Simon. En el caso de Claire Martin, la importancia de la estructura y de la escritura aparece como una constante en sus obras; en *Dans un gant de fer* (1965) el relato se transforma en un espacio de confidencia para personajes marcados por el amor; lo mismo ocurre en *La joue droite* (1966).

El recorrido por este género no puede dejar de lado aquellas novelas que evocan la vida de los francófonos en Ontario; dentro de esta temática, mencionaremos tres novelas: *Le Flambeau Sacré* (1944) de Mariline (1898- ?), *La Vallée des blés d'or* (1948) de Albertine Halle (1896-?), que recuerda el coraje de los colonos del Norte de Ontario a finales del siglo XIX y *François Duvalet* (1954) de Maurice Goumois (1896-1970), novela social que evoca la vida en la región de Chapleau en los años 20.

En cuanto al teatro, éste se beneficiará del interés surgido, en estos años, por la literatura oral, la lengua y la historia. Dos dramaturgos aparecen como los más representativos de esta época: Louvigny de Montigny (1876-1955), con obras históricas como *Le Bouquet de Mélusine* (1928), y en la misma línea, Victor Barrette (1888-1958) con *Tableaux d'histoire* (1935). Entre 1960 y 1970, la creación teatral se enmarca en el espíritu general que reina en las letras franco-ontarienses, un espíritu de compromiso comunitario. La década de los 60 es menos productiva aunque destaca la figura de Jacqueline Martin (1930- ) quien se adentra en la temática de la incomunicación en una trilogía compuesta por *Quintaine*, *Les murs des autres* y *Le Charnier* (1966). Los cambios de acción y unos personajes que representan generaciones y medios sociales y lingüísticos muy variados caracterizan estas tres obras.

Se desprende del recorrido presentado que el apoyo de las diferentes instituciones mencionadas resultó esencial para un desarrollo continuo y progresivo de la cultura de los franco-ontarinenses. Al período de nacimiento y toma de conciencia de una identidad propia le sucede una nueva etapa de toma de la palabra y de afianzamiento de lo que, ahora sí, de-

---

lo que generará inevitablemente problemas de inserción en corpus regionales que son posteriores a los años de producción de estos autores, quienes encuentran una ubicación más natural dentro de una producción denominada canadiense francesa referida al conjunto de escritores que optaron por el francés como lengua de creación entre 1865 y la segunda mitad del siglo XX.

nominaremos, identidad franco-ontariense y cuyas manifestaciones literarias más relevantes, abordaremos a continuación.

#### 4. La literatura propiamente franco-ontariense

En 1972 culmina en Ontario una actividad editora, educativa y creativa que había ido desarrollándose tímida, aunque sólidamente, en los años anteriores. Este período se caracteriza por un acercamiento de la literatura a la colectividad franco-ontariense provocando dos reacciones: las regiones toman las riendas de la defensa y promoción de sus derechos, al mismo tiempo que los jóvenes van a alcanzar nuevos valores frente a las generaciones anteriores.

Tras la creación en 1973 de las Ediciones Prise de Parole en Sudbury, la publicación de obras franco-ontarienses queda asegurada; un año más tarde, en 1974, representantes de varios países francófonos se reúnen en Quebec sintiéndose públicamente rechazados por un Estado que les acoge como invitados y confirma un lento pero progresivo distanciamiento entre Ontario y Quebec.

Cabe insistir una vez más, en que a partir de los años 70, pero sobre todo en los años 1980, van a multiplicarse los estudios sobre esta nueva colectividad que hasta este momento eran casi inexistentes. El acceso a la historia y a la cultura de los franco-ontarienses se convierte en todo un proyecto político. Este hecho favorecerá un discurso científico que buscará definir una identidad surgida del devenir de acontecimientos sociales y políticos. La emergencia de una colectividad francófona cuyo destino estuvo en un principio ligado a la nación quebequesa adquiere ahora esencia propia. Nos hallamos ante el resultado de una lucha tranquila respaldada por una Iglesia que se había caracterizado desde los orígenes por su apoyo incondicional. A partir de 1960 cederá, sin embargo, su liderato a un Estado encargado de velar y asumir la defensa de unos derechos lingüísticos y culturales.

Junto a instituciones, medios de comunicación y la creación de toda una red de investigación en el campo de la historiografía, la educación y el folclore, una vida cultural y artística continúa su andadura. Se forja así, la esencia de esta identidad que no cesa de enriquecerse con la aportación de numerosas producciones literarias.

A partir de los años 70, se podrían establecer cinco ejes temáticos que permitirían agrupar a los principales poetas contemporáneos franco-ontarienses (Hotte & Melançon, 2010). Una primera temática correspondería a las poéticas de la identidad; a ella pertenecen entre otros Patrice Desbiens (1948- ) quien presenta en *Les conséquences de la vie* (1997) y en *Sudbury* (1981) las grandes ciudades del norte como lugares falsamente acogedores, al no ofrecer ni confort ni referentes sino más bien abandono y desarraigo. En las obras de Jean-Marc Dalpé (1957- ) la temática de la identidad se transforma en un canto a la toma de conciencia tras los acontecimientos de los años 70 para desarrollar un sentimiento de necesidad de pertenencia. Es el caso de *Les murs de nos villages* (1980) o de *Gens d'ici* (1981).

La poética de los desplazamientos actúa de eje conductor de los poemas de Robert Dickson (1944-2007); un primer desplazamiento metafórico se manifiesta en su inclinación hacia la minoría francófona mediante la elección del francés como lengua de creación poética, a pesar de haberse criado en un hogar anglófono. Por otra parte, el imaginario del viaje, como eco de los desplazamientos personales de Dickson, impregnan obras como *Abris nocturnes* (1986) o *Humains paysages en temps de paix relative* (2002), por el que obtuvo el prestigioso Premio del Gobernador General en su modalidad de poesía en 2003. Encontraremos la misma temática en Michel Dallaire (1957- ), quien ahonda en el sentimiento del desarraigo en *Cinéma muet* (1989).

Lo íntimo se convierte en poética para Andrée Lacelle (1947- ) con *Au soleil du soufflé* (1979) o *Tant de vie s'égare* (1994); con ello, logra alejarse del nacionalismo cultural y del destino colectivo para adentrarse en el mundo de la subjetividad y en el descubrimiento del yo. Margaret Michèle Cook aparece como otro ejemplo representativo de ontarienses nacidos en hogares anglófonos que optan por un cambio de lengua para su creación artística; en esta autora, la inclinación hacia la lengua minoritaria, así como el recurso a la dimensión autobiográfica, presiden sus principales obras poéticas como *La lenteur du sourire* (1997) o *À l'ombre de Pénélope* (2001). Por otra parte, Gabrielle Poulin (1929- ) se adentrará en la conciencia femenina mediante la introspección en *Petites fugues pour une saison sèche* (1991).

El mito aparece como el cuarto eje temático en poéticas como la de Andrée Christensen (1952- ) con *Châtiment d'Orphée* (1990) o *Noces d'ailleurs* (1993). Pero también en la de Evelyne Voldeng (1943-2002), de origen francés pero residente en Ottawa desde 1968, quien juxtapone en una escritura a menudo abstracta los mitos europeos y los norteamericanos, de manera notable en *Mes Amérindes* (1987) y en *Eve, Sophie, Marie* (1999).

Por último, la poética de la urbanidad gira en torno a las ciudades de Ottawa, Toronto y Sudbury cuyas representaciones poéticas permiten evocar la pluralidad de perspectivas, el deambular y la representación de la ciudad como red de tensiones imaginarias. Es el caso de *Musococktail* (1966) o de *Momadaime* (1995) de Hédi Bouraoui (1932- ), autor de origen tunecino que tras cursar estudios universitarios en Francia y Estados Unidos, se asienta en Toronto en 1982, donde ejercerá como docente en la Universidad de York; es sin duda, la figura literaria franco-ontariense más reconocida internacionalmente y es considerado como un excelente ejemplo de la literatura "migrante" franco-ontariense. Otro ejemplo de esta poética la hallaremos en *Faux-Fuyants* (2002) y en *Centrifuge. Extraits de narration. Poésie faite de concentré* (2005) de Éric Charlebois (1976- ), quien obtuvo el prestigioso premio Trillium-poésie en 2006, con esta obra.

A partir de 1970, la dramaturgia franco-ontariense se abre a técnicas más modernas de puesta en escena, gracias a la figura de André Paiement (1950-1978); sus temas son variados como la dicotomía ciudad/campo en *La Vie et les temps de Médéric Boileau* (1978) o la difícil adolescencia en *Hoe, j'viens du Nord, 'stie* (1971); en cualquier caso, el lenguaje es siempre parco aunque de una gran sensibilidad.

Ya en los años 80, asistimos a una individualización de las prácticas teatrales con obras más personales sobre temas tanto filosóficos como intimistas. Jean-Marc Dalpé aparece como la figura más representativa de esta tendencia con obras como *Le chien* (1987) o *Lucky Lady* (1995) que reflejan la precaria situación de los francófonos en las pequeñas ciudades del norte de Ontario, abordando temas como el sentimiento del aislamiento y del desgarro. En sus obras más recientes como *Il n'y a que l'amour* (1999), Dalpé pone en escena una gran variedad de personajes pertenecientes a medios sociales muy diversos que sólo el amor puede salvar.

Otro dramaturgo digno de mención es, sin duda, Robert Marinier (1954- ). Sus obras buscan la dramatización de la vida íntima de la sociedad urbana franco-ontariense; en *L'inconception* (1996) aborda el tema de la descendencia; *L'insomnie* (1996) gira en torno a la crisis de los cuarenta que muchos hombres atraviesan; mientras que en *Épinal* (2003) se interesa por la infidelidad.

Michel Ouellette (1961- ) puede ser considerado como uno de los autores más prolíficos de la dramaturgia franco-ontariense actual. La pérdida se convierte en el eje conductor de todas sus obras para poner de manifiesto el desarraigo que puede generar la asimilación lingüística o el sentimiento de minoría. Dentro de esta tendencia sobresalen *Corbeaux en exil* (1992), *French Town* (1993) o *L'homme éffacé* (1997). Sus últimas obras presentan temas más vanguardistas e intrigas más futuristas como en *Le testament du couturier* (2002).

El teatro franco-ontariense más postmoderno cuenta con la figura de Patrick Leroux (1971- ) y su *Le beau prince d'Orange* (1994) en la que el autor recurre a un ambicioso marco histórico y a la hibridación lingüística, a la auto-representación y a la fragmentación como técnicas para reflexionar sobre el problema de la objetividad en la historia. En *Ressuciter* (1996) aborda el tema de la sexualidad desde una óptica liberal a través de notas y didascalías.

Por último, señalemos que de la misma manera que los poetas del Norte de Ontario consolidan y proclaman su identidad en sus composiciones poéticas, un cierto número de novelistas lo harán también buscando las raíces en la historia y en el contexto social<sup>14</sup>. Es el caso de Lucille Roy (1943- ), quien en su novela *L'Impasse* (1981), relata la búsqueda de identidad de un joven franco-canadiense que se ve obligado, por el clima político de los años 60, a elegir entre Canadá, Quebec y Francia. Mientras que Pierre-Paul Karch (1941- ) recrea en *Baptême* (1982) la vida de un pequeño pueblo en los años 30 a partir de la narración de una disputa familiar en un bautizo. Sin embargo, del conjunto de relatos que recurren a la historia para enmarcar sus historias, dos títulos merecen ser comentados; por un lado la trilogía de Hélène Brodeur (1923-2010), *Chroniques du Nouvel-Ontario*, compuesta por *La Quête d'Alexandre*<sup>15</sup> (1981),

14 No se trata de una innovación genérica puesto que existen intentos de incluir recreaciones fragmentarias de la historia de Ontario en algunos autores anteriores; pensemos por ejemplo en L.-P. Desrosiers.

15 Gracias a esta primera novela, su autora recibe en 1982 el premio Champlain y dos años más tarde, en 1984, el Prix du Nouvel-Ontario. Se trata de la historia de un joven seminarista quebequés, Alexandre, que parte en busca de su hermano desaparecido en el noroeste de Ontario donde tuvo lugar un terrible incendio a principios de siglo; allí tomará contacto con un medio totalmente diferente al de su región natal, los Cantones del Este, y conocerá además a Rose, joven inglesa que tras quedar huérfana partirá junto a su hermano a Canadá; la autora

*Entre l'aube et le jour*<sup>16</sup> (1986) y *Les Routes incertaines*<sup>17</sup> (1986) y por otro, *La Vengeance de l'Original* (1980) de Doric Germain (1946- ). Las crónicas de Hélène Brodeur, ampliamente galardonadas, pueden ser consideradas como el paradigma de las novelas de la conciencia colectiva de los años 80 por la propuesta de rememoración de un pasado común y de contribución a la reconstrucción de una identidad colectiva franco-ontariense. En cuanto a la novela de Germain, ésta recuerda el pasado regionalista de Ontario mediante un lenguaje sencillo no exento del reconocimiento inmediato de la crítica.

Una tendencia más individualista surge en los años 90 con novelas como *Il faut crier* (1998) de Pierre Raphaël Pelletier (1946- ) o más reciente con *La Kermesse* (2006) de Daniel Poliquin (1953- ). En ésta última, la sexta novela de Poliquin, Ottawa se convierte en ciudad literaria en plena Primera Guerra Mundial; la realidad histórica queda relegada a un segundo plano frente a la realidad humana que adquiere pleno protagonismo.

Otros ejemplos significativos de la narrativa actual en lengua francesa en la provincia de Ontario corresponden a las figuras de Alain Bernard Marchand (1958- ), a Michel Dallaire (1957- ) y al ya citado Hédi Bouraoui. En el caso de Marchand, el viaje tanto en su idea de desplazamiento como en un sentido más metafórico refiriéndose al transcurso de la vida, se erige en tema central de sus principales novelas como *L'homme qui pleure* (1995), *Le dernier voyage* (1997) o *Lettres d'un cracheur d'étoiles* (2004). Para Michel Dallaire, el viaje se convierte igualmente en epicentro de sus cuatro novelas, pero en esta ocasión como consecuencia de la búsqueda del otro. Encontramos interesantes ejemplos narrativos de la complejidad de las relaciones interculturales en *L'enfant de tout à l'heure* (2000) o en *Famien (sa voix dans le désert)* de 2005. En cuanto al poeta Hédi Bouraoui, su faceta como novelista le permite ahondar en la temática del encuentro y la confrontación entre culturas, de manera notable en *Ainsi parle la tour CN* (1999) o en *La femme d'entre les lignes* (2002).

La narrativa franco-ontariense de las décadas más recientes cuenta igualmente con voces femeninas que recurren con frecuencia a la estructura de la novela al interior de la novela, y a una auto-representación de la novela con valor terapéutico; es el caso de la autora ya mencionada, Gabrielle Poulin, cuyas novelas reflejan los sentimientos de mujeres desorientadas ante los profundos cambios sociales que no dejan de experimentar; en *Mensonges d'Isabelle* (1983) Poulin narra la problemática de una joven apartada de sus orígenes y que trata de asimilar su falta de identidad; más recientemente en *Qu'est-ce qui passe par ici si*

---

revive la época de los pioneros franco-canadienses llegados a Ontario donde gran parte de sus sueños se transformarán en una lucha constante contra esta inhóspita región.

16 Este nuevo relato le permite obtener el premio literario del periódico *Le Droit* en 1985. En esta narración, una nueva generación de hijos de colonos toma el relevo en un período de entreguerras en el que la atractiva presencia de la ciudad empieza a ser cada vez más amenazadora. Eugène Marchessault aparece como último representante de ese sentimiento de repulsa hacia una tierra que con Rose-Delima empieza a llamarse Nouvel-Ontario y que terminará convirtiéndose en Ontario, patria de Alexandre, ya en el tercer libro.

17 Este último tomo presenta a unos personajes que ya conocemos, Rose-Delima, Jean-Pierre y Donald, pero ya en plena madurez; esta nueva generación deja atrás un Norte salvaje, el de sus padres, para incorporarse al ritmo frenético de una modernidad encarnada por las ciudades sureñas de Ontario.

*tard?* (1998), el personaje femenino necesita recurrir una vez más a la memoria, a los recuerdos de la infancia y a la escritura para su plena realización.

Temas que volveremos a encontrar en las novelas de otra de las escritoras más destacables de la narrativa franco-ontariense contemporánea, a saber, Marguerite Andersen (1926-). Sus novelas se afanarán en describir el papel de la mujer en la sociedad occidental; tal es el caso de *Doucement le bonheur* (2006) o de *Parallèles* (2004) en donde Andersen narra su propia vida y la de su amiga Lucienne Lacasse-Losvad. El paralelismo anunciado en el título de la novela, le permite jugar entre dos espacios alejados como son Europa y Quebec y entre circunstancias personales muy diferentes para recrear las condiciones de vida de las mujeres nacidas en los años 20.

Finalizaremos nuestro recorrido por la narrativa franco-ontariense de este período con la figura de Michèle Matteau (1944 -) cuya trilogía compuesta por *Cognac et porto* (2001), *Café crème et whisky* (2003) y *Un doigt de brandy dans un verre de lait* (2004) ofrecen al lector una panorámica de la evolución de la sociedad norteamericana de los últimos cuarenta años.

## 5. Conclusión

En el ámbito de la crítica literaria, los estudios de Paul Gay, de Roger Duhamel, de Réjean Robidoux, de Gérard Bessette o de Paul Wyczynsky en torno a la complejidad de la realidad literaria franco-canadiense muestran la existencia de un apoyo académico, institucional y editorial, por otra parte necesario para una tradición textual que contará de este modo con un sustento teórico y crítico.

Nuestro acercamiento a la tradición literaria en el Ontario francófono ha querido poner de manifiesto la pertinencia del empleo del término literatura franco-ontariense para referirse al conjunto de obras literarias producidas a partir de 1970 atendiendo a los criterios de pertenencia lingüística y geográfica referidos con anterioridad. La exposición de las dos etapas precedentes se justifica si queremos entender los orígenes comunes, tanto culturales como lingüísticos que presidieron los asentamientos francófonos en las diferentes regiones canadiense, previos a la división provincial que hoy conocemos. La defensa de unos intereses lingüísticos y culturales compartidos por una comunidad franco-canadiense en aumento y expansión permitió asegurar su reconocimiento frente a la variante literaria anglófona a nivel nacional. Será tan sólo en el último tercio del siglo XX, cuando asistamos a la génesis de las variedades literarias regionales en Canadá, dando lugar a tantas variantes literarias como regiones canadienses existen donde encontramos una tradición literaria en lengua francesa. A este respecto, se refería René Dionne recordando con acierto el papel de Quebec como núcleo y sustrato primigenio de la expansión colonial francófona que favoreció la llegada de los pioneros franceses hasta las zonas más occidentales y septentrionales de Canadá:



Le million de francophones canadiens qui vivent dans une autre province que le Québec ne veulent pas s'appeler Québécois, car ils ne le sont pas, ne le sont plus ou ne l'ont jamais été. La moitié d'entre eux ont des origines québécoises plus ou moins lointaines; ils habitent principalement l'Ontario et les provinces de l'Ouest, et chacune de ces provinces leur est un pays aussi cher que le Québec peut l'être à ses habitants. [...] Ainsi, peu à peu, se dégagent et émergent de la littérature canadienne-française de naguère trois littératures régionales, dont les corpus existaient depuis longtemps, mais ne jouissaient pas de leur indépendance, incorporés qu'ils étaient sous une appellation qui niait leurs identités particulières. Ce sont les littératures acadienne, franco-ontarienne et francophone de l'Ouest (celle-ci englobe les littératures franco-manitobaine, fransaskoise, franco-albertaine, franco-colombienne, franco-yukonaise, franco-ténoise) (Dionne, 1998 : 202-208).

Resaltemos de manera particular el interés de estos últimos calificativos cuya denominación más específica permite referirse a identidades que el término quebequés no puede absorber, ni aludir, como en el caso que nos ha ocupado, a literaturas “qui s'affranchissent de la québécoise et s'enracinent dans des terres regionales sans les soustraire pour autant à leur canadianité” (Dionne, 1998: 208).

### Referencias bibliográficas

- ANOLL, Lidia, Carmen FERNÁNDEZ & Estrella DE LA TORRE. 2006. *Literaturas francófonas de América y de Europa*. Madrid, Síntesis (col. LU géneros y temas).
- ARON, Paul. 1995. “Sur le concept d'autonomie” in *Discours social*, vol. 7, n° 3-4, 63-72.
- BOURAOU, Hédi (sous la direction de). 2000. *La littérature franco-ontarienne. État des lieux*. Sudbury, Prise de Parole.
- BOURAOU, Hédi & Ali REGUIGUI. 2007. *Perspectives sur la littérature franco-ontarienne*. Sudbury, Prise de Parole (coll. Agora).
- CORBEIL, Jean-Pierre & Sylvie LAFRENIÈRE. 2010. *Portrait des minorités de langue officielle au Canada : les francophones de l'Ontario*. Ottawa, Statistique Canada.
- DIONNE, René. 1993. “La littérature franco-ontarienne. Esquisse historique (1610-1987)” in JAENEN, Cornelius J. (sous la direction de). *Les Franco-ontariens*. Ottawa, Presses de l'Université d'Ottawa, 341-390.
- DIONNE, René. 1997a. *Anthologie de la littérature franco-ontarienne, des origines à nos jours. Tome 1: les origines françaises (1610-1760), les origines franco-ontariennes (1760-1865)*. Ottawa, Prise de Parole.
- DIONNE, René. 1997b. *Histoire de la littérature franco-ontarienne, des origines à nos jours. Tome 1: les origines françaises (1610-1760), les origines franco-ontariennes (1760-1865)*. Ottawa, Prise de Parole.
- DIONNE, René. 2000. *Histoire de la littérature franco-ontarienne, des origines à nos jours. Tome 2*. Ottawa, Prise de Parole.
- DIONNE, René. 1998. “Trois littératures francophones au Canada 1972-1992” in *Cahiers Charlevoix, études franco-ontariennes* 3, 197-229.
- GERVAIS, Gaétan. 1995. “Aux origines de l'identité franco-ontarienne” in *Cahiers Charlevoix, études franco-ontariennes* 1, 125-168.
- GERVAIS, Gaétan. 1998. “L'Ontario français et les “États généraux du Canada français (1966-1969)” in *Cahiers Charlevoix, études franco-ontariennes* 3, 231-364.
- HAMEL, Reginald, John HARE & Paul WYCZYNSKI. 1989. *Dictionnaires des auteurs de Langue française en Amérique du Nord*. Montreal, Fides.

- HOTTE, Lucie & Johanne MELANÇON. 2010. *Introduction à la littérature franco-ontarienne*. Sudbury, Prise de Parole (Col. Agora).
- JAENEN, Cornelius J. (sous la direction de). 1993. *Les Franco-Ontariens*. Ottawa, Les Presses de l'Université d'Ottawa.
- LEMIRE, Maurice. 1987. *Dictionnaire des œuvres littéraires du Québec. T. 5 1970-1975*. Montreal, Fides.
- MANGADA, Beatriz. 2003. "Reflexiones terminológicas en torno a la literatura franco-canadiense" in *Thélème. Revista Complutense de Estudios Franceses*, 18, 57-67.
- SAINT-PIERRE, Annette. 1986. "L'Ouest canadien et sa littérature" in *RHLQCF*, numéro 12, 170-198.
- STOKESBURY, John. 1985. "La época de expansión y de exploración" in *Cuadernos de Historia* 16, 270, 4-12.